
VICENTE PALACIO ATARD

Menéndez y Pelayo

Anotaciones en la conmemoración de su centenario

SANTANDER, 3 de noviembre de 1956. En este lugar y en esta fecha nació don Marcelino Menéndez Pelayo. Nos hallamos, pues, ante el centenario de un notable español de nuestros tiempos. Los hombres de letras de habla española nos sentimos obligados a celebrar esta fecha, en la que viene al mundo el primer historiador y el primer crítico literario de España.

De estas dos facetas que ofrece la figura de Menéndez Pelayo, es la del historiador contemporáneo la que quisiera yo rememorar para ustedes, porque no siempre pasa advertida la viva significación actual que tiene entre nosotros, los historiadores españoles. "Sin él —ha escrito Luis Araquistain— todos los españoles seríamos más pobres en el conocimiento de la cultura nacional, y de las más eminentes culturas extranjeras de todos los tiempos"¹.

No obstante la importancia capital de su obra histórica, Menéndez Pelayo ha sido conocido, hasta jornadas muy recientes, más de oídas que de leídas. ¿A qué cabe atribuir este descuido? En primer lugar, a la naturaleza misma de su obra. No escribió ensayos, de divulgación fácil, de acceso a un público general, sino estudios apabullantes, según se ha dicho². A falta de una oficina de divulgación o de un equipo de seguidores que difundieran en manuales de estilo popular la enseñanza del historiador santanderino, quedaba

reservado su magisterio para algunos contados estudiosos, lectores de trabajos monográficos.

En segundo lugar, es objetivamente cierto que se formó contra él una "estrategia del silencio" por todas aquellas poderosas fuerzas que en el primer cuarto del siglo XX pretendían el monopolio intelectual del país, y que de hecho ejercitaban una formidable presión en los cotarros madrileños de la cultura. Por todos aquellos que no perdonaban que la sabiduría del erudito montañés fuese radicalmente cristiana, confesionalmente católica, sin concesiones científicistas a la moda. Hay que aceptar, además, que buena parte de esa conspiración del silencio era el abandono en que se veía todo trabajo serio en el campo científico en la España finisecular.

Después que la muerte acalló para siempre la voz inmediata de Menéndez Pelayo, en 1912, se pretendió por ciertos círculos intelectuales confinar su palabra escrita en el cerco de la indiferencia y el silencio. De esos silencios el más elocuente es el de don José Ortega y Gasset.

Contrasta esa conjura, silenciadora con las apoteosis triunfales que le han tributado sus amigos más entusiastas. No se le regatearon los honores en vida, aunque no siempre esos triunfos sirvieran para paliar en su alma las hieles de otros abandonos. Después de muerto, tras lo ditirambos funerales, se logró relegar durante algunos años su recuerdo, como si la consigna silenciadora estuviera a punto de encontrar unánime acatamiento. Pero la reivindicación de la fama había de llegar pronto y, con la reivindicación, la apoteosis póstu-

¹ Luis de Araquistain, *Menéndez Pelayo y la cultura alemana*, en "Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo", XV, Santander, 1932, pág. 208.

² Florentino Pérez Embid, prólogo a la edición de *Textos sobre España de Menéndez Pelayo*, Madrid, 1955, pág. 4.

ma, que culmina seguramente este año en actos de la celebración del Centenario ³.

¿Se nos disculpa una breve reflexión sobre estos hechos? El frustrado intento de ignorar a Menéndez Pelayo, su nombre y su obra, supone un consolador y persuasivo argumento sobre la inutilidad de los silencios forzosos, cuando lo que se trata de ocultar brilla con luz propia y potencia bastante. Aunque lo pretendan entidades formidables, dotadas de toda clase de recursos e influencias, no hay losa del olvido capaz de sepultar a un gigante, si el sepultado tiene, en verdad, la talla y la naturaleza legítima de los gigantes y no se trata de un simple gigantón de marioneta. La verdad se abre camino siempre, más tarde o más temprano. Pero aunque se tarde a veces por encima de la cuenta, la verdad entre los humanos es difícil de condenar para siempre al ostracismo. Esta convicción de ingenua apariencia, halla en el caso de Menéndez Pelayo plena y feliz confirmación.

Pero también las apoteosis triunfales encierran un peligro, no pequeño, por cierto: que los apologistas pretendan apoderarse del hombre cuya exaltación celebran y le trasformen en un símbolo, para endosarle sus particulares quereres, preocupaciones y programas, que exhibirán así revestidos con el prestigioso manto de la celebridad y aureolados por el resplandor de una fama ajena. Debemos, pues, exaltarle y al mismo tiempo evitar la suplantación del hombre por el mito, peligro este que acecha a la hora de las exaltaciones.

Don Marcelino —permitidme que use este apelativo familiar que fué usado por quienes le conocieron— fué en toda la plenitud de la palabra un hombre de ciencia. Amó su destino de hombre de ciencia, y lo amó hasta el fin, como se aman las cosas entrañables, porque hizo de la ciencia el objeto supremo de la amorosa dedicación de su vida. Las tres grandes lecciones que se desprenden de esa vida suya son probablemente estas: el ejemplo de aplicación sin desmayo al trabajo científico, la armonía

entre la ciencia y la fe, la esperanza de la ciencia española.

La búsqueda de la verdad por encima de todo se le antojó siempre el principal objeto, propuesto con lealtad. Hasta 1891 pasó por una etapa de luchas polémicas y doctrinales, lo cual no fué obstáculo a desviarle de su recia marcha hacia la verdad objetiva. En el Discurso preliminar de la primera edición de los *Heterodoxos*, en los momentos de mayor exaltación polémica juvenil, declaraba: "Diré la verdad lisa y llana a tirios y a troyanos, sin retroceder ante ninguna averiguación, ni ocultar nada, porque el catolicismo, que es todo luz, odia las tinieblas y ninguna verdad puede ser hostil a la Verdad Suma". En otra ocasión dijo con frase certera: "el culto a la verdad exige de nosotros demostraciones, y no dicerios" ⁴.

Pasó la era polémica. Era llegada, según sus palabras, la era de las exposiciones desinteresadas, completas y fidelísimas. Su irrefrenable apego a la verdad, el deseo de alcanzarla en el mayor grado de aproximación posible, y la certidumbre de que ese acercamiento sólo se logra a través de un costoso esfuerzo indagatorio, día a día, en la biblioteca, en el seminario de estudios, en los laboratorios, nos revelan al hombre de ciencia. "Trabajemos con limpia voluntad —pedía— y entendimiento sereno, puestos los ojos en la realidad viva, sin temor pueril, sin apresuramiento engañoso, abriendo cada día modestamente el surco y rogando a Dios que mande sobre él el rocío de los cielos" ⁵.

Día a Día trabajó con celo infatigable "entre los muertos", para arrancar a los tiempos idos una parcela de su oculta verdad. Los secretos de la historia, la ciencia que cultivó, le fueron revelados —en el grado y medida en que le fueron revelados— no como geniales intuiciones, infundidas por modo maravilloso, inesperado, sino como pedazos de mineral arrancados a la dura tierra de lo desconocido gracias a las técnicas adecuadas para un rescate semejante.

³ Vicente Palacio Atard, *Menéndez Pelayo y la Historia de España, Estudios y Documentos*, N.º 8, Valladolid, 1956. En las presentes páginas resume, en parte, ese trabajo más extenso.

⁴ *Ensayos de crítica filosófica*, edición del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1948, pág. 55, nota.

⁵ Id., id.: pág. 297.

Era hombre de ciencia. Convergamos en precisar más: era hombre de ciencia católico, por lo que dió fe de que la ecuación ciencia y libertad no se resuelve en una antinomia, sino en la inteligible armonía de ambos términos. Hay que insistir en esta coordinada de la intimidad de don Marcelino, que le hace proclamar la libertad en la investigación para que el navío de la ciencia arribe —o se acerque, al menos— a las orillas de aquella verdad que es accesible al conocimiento natural de los humanos⁶. Porque Menéndez Pelayo nos dirá que a la verdad de la ciencia sólo le pone coto la verdad sobrenatural, la verdad que por ser revelada por Dios no requiere de los hombres especiales averiguaciones y pide, en cambio, su asentimiento. Es esta la verdad que poseemos con más plenitud, con toda certeza. Le parece absurdo querer enfrentar la verdad que los hombres creen descubrir y esa otra verdad extra-científica, pero nunca anti-científica. Menéndez Pelayo, creyente católico, no se dejó sorprender por aquella oposición de la ciencia positivista, dominante en el siglo XIX, a la fe religiosa. Y eso lo repite él muchas veces, al tiempo que afirma considerarse "ciudadano libre de la república de las letras, que, como el Brocense, "no quería cautivar su entendimiento sino en las cosas que son de fe".

Pero ciencia es tan sólo aquella partícula de verdad definitivamente adquirida con valor universal. "Todo lo demás son hipótesis, son sistemas, son teorías, son trabajos preparatorios, son el andamiaje del científico; pero nadie ha dicho que los andamios pertenezcan al edificio, aunque el edificio no pueda levantarse sin ellos". De esta serena armonía que ha logrado, brotan las bellas palabras pronunciadas en el llamado *Discurso contra Castelar*, en 1885: "No hay que temer, pues, conflictos, ni luchas, ni antinomias, a lo menos duraderas, entre la fe y la ciencia . . . que son los dos soles que Dios encendió para alumbrar a la especie humana en su peregrinación por la tierra . . . Siempre que las ciencias naturales cumplan estrictamente los cánones de la observación, de la expe-

rimentación y de la inducción; siempre que no se arroje el científico a generalizaciones precipitadas y no se olvide de la diferencia que hay entre las hipótesis y aquello que realmente puede llamarse verdad científica, desaparecerá la supuesta antinomia. Porque todos los conflictos que yo conozco y de que tengo noticia hasta ahora, o provienen de una torcida e incompleta noticia de la ciencia, o bien de que algún creyente escrupuloso, pero quizás poco ilustrado, juzga por dogma y por cosa perteneciente al credo de la religión católica lo que no es tal dogma, ni se halla en las Sagradas Escrituras, ni lo han definido ni declarado así los Concilios y los Sumos Pontífices, únicas autoridades a quienes hay que prestar acatamiento, no a las palabras de ningún escritor particular, por respetable que sea, aunque esté en los altares y le veneremos como santo"⁷.

Sin la libertad de la ciencia el saber se fosiliza y el ejercicio intelectual se reduce a vanas disputas, como ocurriera a la Escolástica decadente. Nos dice Lain Entralgo que sí, como cristiano, opinaba don Marcelino que la verdad nos hace libres, como hombre identificado con la época del Renacimiento creía que la libertad nos hace sabios. ¿A quién nos propondrá como arquetipo del sabio? A Luis Vives, católico, español y humanista del Renacimiento, las tres cualidades más envidiables según los ideales de vida apetecidos por Menéndez Pelayo. Luis Vives sabe buscar la verdad con libertad, sin sujeción a los prejuicios de Escuelas, pero sin pactos ni componendas con el error. Católico a machamartillo, se confesó Menéndez Pelayo. Pero católico a secas, sin creer más dogmas que los enseña la Iglesia, apostilla el arzobispo de Granada, Mons. García y García de Castro en un importante estudio biográfico⁸.

Eso es lo que le daba seguridad del terreno firme que pisaba. En esa adhesión justa y precisa a los dogmas, y no más allá de los dogmas, estriba también su no-

⁶ Pedro Lain Entralgo, *Menéndez Pelayo, historia de sus problemas intelectuales*, Madrid, 1944, pág. 174.

⁷ El *Discurso contra Castelar* es uno de los escritos menos difundidos de Menéndez Pelayo. Ha sido recogido en los *Textos sobre España* editados por Pérez Embid.

⁸ Rafael García y G. de Castro, *Menéndez Pelayo: el sabio y el creyente*, Madrid, 1940.

ble ejercicio de la libertad. Quería llegar a la verdad con libertad. Quería, además, llegar a la verdad con amor. ¿Y cómo ha de ser de otra manera? La ciencia exige desinterés y trabajo para vencer las mayores fatigas. No cansarse nunca a pesar de los fracasos, de los resultados fallidos, de los inútiles esfuerzos. Desinterés, puro anhelo de verdad verdadera, sin prejuicios mentales, sin subordinarla a segundas intenciones. Esta doble fuerza generosa del desinterés y de la inteligente y paciente constancia en la tarea emprendida sólo puede nacer del amor.

El hombre de ciencia que evocamos bajo el nombre de Menéndez Pelayo nos dejó con su ejemplo otra enseñanza, pocas veces bien aprendida por los cultivadores del trabajo intelectual. Y es esta lección piedra de toque definitiva que compulsa su cualidad de sabio: la lección de la humildad. Se alcanza la ciencia por la libertad, se persigue la verdad con amor, se prueba la sabiduría en la humildad. El pecado de soberbia: he ahí el enemigo capital del sabio. Los ecos del *non serviam* resuenan en los cerebros de miles y miles de sabios frustrados porque, no obstante el cúmulo ingente de conocimientos que adquirieron, no supieron saber con humildad. Pero Menéndez Pelayo, que necesitaba ser el *non plus ultra* de la modestia para no ponerse hueco como un pavo real, según se dijo de él, nos probó la humildad de múltiples maneras. La primera y más ostensible, en el fácil acceso a las rectificaciones, cuando estaba convicto de haberse equivocado: esas rectificaciones nobles, que han permitido a cierto comentarista de nuestros días, con intención equívoca, hablar de "las palinodias de don Marcelino"⁹. También ratifica esa humildad la sencillez con que se confiesa perpetuo estudiante de las disciplinas que pretende enseñar, y la naturaleza de su trato intelectual que se refleja, mejor que en otro documento cualquiera, a lo largo de su vasto y vario epistolario. Pero sobre todo, esa su cualidad eminente se prueba, por fin, en haberse alejado de toda pretensión de dictadura intelectual, cuyo ejercicio delata ya por sí la débil seguridad de quien la impone, como si el ca-

mino de la verdad y de la sabiduría pudiera abrirse con instrumentos de coacción externa.

El valor permanente de ejemplaridad que tiene su vida es ese: no se buscó a sí mismo a través de su trabajo, buscó simplemente la verdad. Si como cristiano estaba cierto de que la verdad nos hace libres, si como hombre del Renacimiento pensó que la libertad nos hace sabios, como sabio entendió muy bien que la soberbia nos convierte en esclavos.

El hombre de ciencia, para ser tal, ha de buscar la verdad con amor. El historiador científico tendrá que amar el objeto que se propone como estudio para que su verdad se le revele. El objeto de la aplicación científica de Menéndez Pelayo fué el conocimiento de esa realidad histórica que es España. Y como la abordó henchido del soplo amoroso, por eso pudo abarcarla mejor que nadie hasta su tiempo y caló tan adentro en la comprensión de la vida histórica española.

Porque Menéndez Pelayo fué ante todo historiador. Historiador por segunda y casi por primera naturaleza, le ha llamado Lain. Es decir, no sólo por hábito adquirido, sino por constitución biológica. En su caso, más que hacer el hábito al monje, fué el monje quien se tejió su propio hábito. Porque si el arte se adquiere por oficio —también el arte de escribir historia— el genio, o se nace con él dentro, o no se posee nunca. Era historiador innato. Sus discípulos admiraron el poder genial de síntesis, la facultad de reducir a unidad las cosas múltiples, y le parangonaron junto a los grandes talentos históricos de la Humanidad, los Tácito, los Mommsen, los Macaulay, los Taine, junto a quienes, ciertamente, no desentona: porque, como ellos, ha alcanzado el nivel de lo clásico, ese valor que asegura la perdurabilidad de las cosas percederas.

Uno de sus discípulos, Bonilla y San Martín, dijo todo esto con palabras justísimas: "Yo concibo perfectamente que los textos editados por Menéndez Pelayo se vuelvan a imprimir con mayor exactitud; que los orígenes históricos de un cuento se puntualicen con mayor copia de datos que los que él aportó; que los métodos de análisis literario se hagan más científicos y exactos . . . Lo que se me hace difícil de

⁹ Dámaso Alonso, *Menéndez Pelayo, crítico literario*. Madrid, 1956.

creer es que surja otro entendimiento dotado de tan maravillosa facultad de visión interna como el suyo"¹⁰.

Con la misma facilidad que el poder de comprensión, que le advenía sin esfuerzo desde su pensamiento histórico, era conatural a don Marcelino la facultad de síntesis, y eso que no se proponía como objetivo de sus trabajos alcanzar la síntesis, de la que le obligaba a sospechar su precavido temple científico. Pero el encuentro de la unidad interna, el hallazgo del denominar común en lo vario, la conexión de lo múltiple en lo uno, es algo que trasciende en cada página de la ingente obra menéndezpelayana. Nadie con más rigor que él censuró el anti-cientificismo de las síntesis apresuradas. Nadie con menos esfuerzos consiguió una síntesis madura, sin proponérsele siquiera.

La importancia y fin del trabajo histórico para los españoles, según Menéndez Pelayo, consiste en que habrá de resolver, con apremios de urgencia, la honda crisis espiritual en que se veían sumidos. En el texto de una carta que escribió a S. M. el Rey don Alfonso XIII, fechada el 14 de enero de 1910, explicaba que la Historia es la única ciencia "que puede levantar de su postración a las naciones abatidas, restituyéndoles la conciencia reflexiva de su pasado". En otro texto de la misma época repite: "Ningún pueblo se saíva ni emancipa sino por su propio esfuerzo intelectual, y este no se concibe sin la plena conciencia de sí mismo, que sólo puede formarse con el estudio recto y severo de la historia".

Era esta una convicción profundamente arraigada. Le irritaba el lento suicidio de su pueblo, el "único pueblo del mundo—son sus palabras en uno de los estudios de crítica histórica— que hace alarde y gala de renegar de sus progenitores, esperando sin duda conquistar por este fácil medio la libertad, la ciencia, el respecto y la consideración de las demás gentes, y toda clase de prosperidades y bienandanzas"¹¹. Restituir la conciencia reflexiva del pasado,

devolver los españoles a sus propias raíces culturales, hacerles sentir su presente desde la Historia: era esa la ambición hercúlea que se trazó don Marcelino. Imperiosa le parecía la necesidad de tal obra restauradora, porque las gentes de España habían querido romper por completo sus lazos con la historia. La herida abierta en el alma de los españoles por la frustración del proyecto histórico de España en el mundo moderno, la crítica ante esa derrota, y el deslumbramiento de las luminosidades que irradiaba la modernidad triunfante, todo esto sembró el desconcierto entre nuestros antepasados, que a partir del siglo XVIII apostataron de su historia, con la pretensión vana de desarraigarse del pasado.

Menéndez Pelayo sabía que un pueblo nuevo puede improvisarlo todo menos una cultura intelectual y que un pueblo viejo no puede renunciar a la suya sin extinguir la parte más noble de su vida y caer en una segunda infancia, muy próxima a la imbecilidad senil. La restauración de la conciencia histórica en los españoles hará posible el renacer de una cultura española moderna, pero de raigambre antigua, porque tal renacimiento exige un fondo histórico. Por eso acopió personalmente gran labor en exhumar los restos de la antigua cultura española (catálogos, repertorios bibliográficos, fuentes documentales). Pero no terminaba ahí su tarea.

El estado de los estudios históricos en España al advenimiento de Menéndez Pelayo era, en verdad, si no de un total abandono, sí de grande descuido. Es cierto que en España se registró algún eco del importante movimiento erudito que afecta a la historia en la mayor parte de los países europeos, durante el siglo XIX; pero la vaciedad retórica proliferaba como la mala hierba, y los políticos echaban mano de la historia para sus alegatos, haciéndose tópico y lugar común las más gratuitas generalizaciones.

Era imprescindible que alguien, con autoridad suficiente, llamara al orden. Esa voz autorizada fué la de Menéndez Pelayo, y sólo por haberlo hecho sería ya merecedor de nuestro homenaje. Para revestirse de autoridad moral, en primer lugar, y también de autoridad científica, hubo de consumir su vida entera en el trabajo de la historia.

¹⁰ Adolfo Bonilla y San Martín, Introducción al t. IV de la edición póstuma de los *Orígenes de la Novela*, pág. 86.

¹¹ *Estudios de crítica histórica*, edición del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, VII, 106, nota.

La osadía para la generalización irresponsable es fruto de la ignorancia, y el único modo de combatirla con eficacia es el estudio. Al defender el programa que presentó a las oposiciones de cátedra, en 1878, había advertido: "Desde luego, es más cómodo saber poco que saber mucho". Quienes vivían en la cómoda ignorancia y desde allá pretendían enseñar a los demás, eran responsables de la falsa historia. "La falsa historia lo ha invadido todo", dirá. "La historia de España que nuestro vulgo aprende, o es una diatriba sacrílega contra la fe y grandeza de nuestros mayores, o un empalagoso ditirambo, en que los eternos lugares comunes de Pavía, San Quintín y Lepanto sirven sólo para adormecernos e infundirnos locas vanidades"¹².

Nada de infundir ni fomentar locas vanidades. Nada de improvisar párrafos oratorios a costa de la historia, cualquiera que fuera la intención, buena o mala, de los oradores. Historia documentada, con sólidas pruebas: así la quería Menéndez Pelayo. Pero también comprendió la necesidad de una historia de España que no fuera mera recopilación de material erudito, aunque él era un erudito que trabajó en la preparación de muchos de esos materiales. Tampoco pensó en improvisar una síntesis, para refutar otras síntesis improvisadas, de brillante factura y cimientos débiles porque estaba convencido de que las serias exigencias de la ciencias se compaginan mal con cualquier concesión a lo fácil, y sólo por la costosa trayectoria de la ciencia cabe la esperanza de una aproximación objetiva a la verdad. Prefirió el estudio apabullante de un tema monográfico al ensayo generalizador, como sabemos.

Pero sus estudios, cada uno aislado, y el conjunto de ellos, estaban pensados desde una medular unidad. Eso es lo que él quería: dotar de médula y nervio a la historia española. En el estudio preliminar de los *Heterodoxos*, dice estas exactas palabras: "Ha de mostrar la historia unidad de pensamiento, so pena de degenerar en mera recopilación de hechos". Y precisamente porque satisfizo ese propósito con su metódica obra, es por lo que no resulta desproporcionado decir con A. Tovar, que

Menéndez Pelayo representa por sí sólo lo que para otras naciones de Europa son escuela históricas¹³.

Menéndez Pelayo busca lo que da unidad sustancial a la nación española en la historia. Lo otro, los hechos externos, por aparatosos que sean, por espectaculares que se nos antojen, queda subordinado a este centro de referencia, en el cual la historia se nos explica radicalmente. Tal unidad radical de los españoles no la encuentra ni en la geografía —tan diversa— de las tierras peninsulares; ni en las razas múltiples, yuxtapuestas y cruzadas en la base étnica de los pueblos hispanos; ni en la lengua —con la trina variedad de los romances latinos: castellano, galaico-portugués y lemosino-catalán, cuyo abigarrado panorama se enriquece todavía gracias a la lengua euskara. Tampoco la encuentra en la unidad política, que por equivocada suerte fué confundida con la administración centralizada, y nunca peor servida que cuando ese centralismo hipertrófico se impuso desde Madrid contra viento y marea.

¿Dónde se forja entonces la unidad histórica de los españoles como colectividad nacional? En el crisol de la fe religiosa y en el yunque de la Iglesia católica. Sobre el fondo latino-romano, la Iglesia operó cual catalizador que hiciera cristalizar la nación hispana. La iglesia ha influido decisivamente en la cultura, la política y la constitución de nuestra sociedad medieval. "Por ella fuimos nación y gran nación —dice— en vez de muchedumbre de gentes colecticias, nacidas para presa de la tenaz porfía de cualquier vecino codicioso. No elaboraron nuestra unidad el hierro de la conquista ni la sabiduría de los legisladores"¹⁴.

Pero donde la adhesión religiosa se hizo clave y nervio de la nación española fué durante el siglo XVI, el momento que Menéndez Pelayo contempla con más devoción, "edad dichosa y siglo feliz" le llamará. Edad dichosa y siglo feliz aquel, no por la gloria militar acumulada en los campos de batalla, ni por el relumbre de una dominación y un poder que abrazaba

¹³ Prólogo a la Antología de textos de Menéndez y Pelayo publicados por Antonio Tovar con el título *La conciencia española*. Madrid, 1948.

¹⁴ *Ensayos de crítica filosófica*, edición citada, pág. 289.

¹² *Estudios de crítica histórica*, edición citada, VII, 216.

todos los meridianos de la tierra. Menéndez Pelayo con insistente frecuencia formula reservas a la política imperialista de los Austrias españoles. Pero en el siglo XVI se cumplen las cuatro grandes empresas ecuménicas de España en la historia: el bautismo cristiano del Renacimiento, la participación decisiva en las tareas del Concilio de Trento, las misiones evangelizadoras de América, que junto con la floración espléndida de la literatura mística, iban a ser las más grandes aportaciones de España a la historia de la espiritualidad de Occidente, y uno de los más caudalosos legados de la cultura humana de todos los tiempos.

Luego, con el siglo XVIII sobrevienen las primeras disgregaciones de la antigua unidad, acentuadas a lo largo del siglo XIX, siglo de luchas intestinas, que dividieron a España en "dos bandos iracundos e irreconciliables". En esa trágica escisión hallaba Menéndez Pelayo a la España de su tiempo.

Menéndez Pelayo fué conocido en su tiempo con más limpio desinterés en América que en España. ¿Podrá parecer esto paradójico? En América fué más inteligentemente comprendido, según expresa Sánchez Reyes en un reciente trabajo ¹⁵.

¿Por qué ese afectivo contacto entre Menéndez Pelayo y la élite de la inteligencia americana contemporánea? El polígrafo santanderino, en una carta a su amigo Juan Valera, de fecha 27 de junio de 1886, se expresaba así: "Creo, como usted, que debíamos estrechar nuestras relaciones literarias con América . . . A pesar de no haber escrito yo más que obras de erudición, cada día recibo de aquellas repúblicas cartas y libros y testimonios inequívocos de que leen con atención y benevolencia todo lo que uno escribe. Hay allí cierta virginidad de admiración y de entusiasmo que no debíamos echar en saco roto" ¹⁶.

Si desde el Nuevo Mundo se escuchaba la palabra de don Marcelino, por otra parte éste dedicó una profunda atención a las

letras hispanoamericanas, y en su obra investigadora y crítica dió cabida principal a la literatura de aquel continente. Ahí está, sobre todo, la *Antología de Poetas Hispano-Americanos*, tal vez de todos sus estudios aquel que miraba con más cariño. En 1892, para conmemorar el Centenario del Descubrimiento, la Academia Española le confió la redacción de esa Antología. Esto le obligó durante muchos años a trabajar en contacto con los estudiosos de América, que con la objetividad de la distancia, supieron admirar las dotes admirables del historiador montañés. Fué precisamente un chileno, Domingo Amunátegui Solar, que se correspondió con él, quien le escribía en 1899 estas halagadoras palabras: "En los tiempos coloniales no había dicha mayor para un indiano que recibir una cédula del rey. ¡Qué motivo más grande de satisfacción para un chileno que el haber recibido una carta del primer crítico español!"

Los prólogos que compuso en los cuatro volúmenes de la Antología forman, en verdad, una auténtica y primeriza Historia de la poesía hispano-americana, y las letras de estos países le serán para siempre deudas del enorme material que reunió, y de "haber ofrendado a las repúblicas de Hispano-América el primer esbozo de la historia de sus literaturas, en muchos casos el mejor aún hoy, según Sánchez Reyes, y todos deberemos agradecerle el "haber sabido despertar entre los literatos americanos un gran amor a las cosas de España, y encender y mantener el fuego sagrado de los ideales comunes de lengua, de religión y de raza".

Su afición y simpatía a las letras americanas se comprueba, una vez más, con cierta anécdota que se cuenta de su vida. La ornamentación del edificio de la Academia en Madrid había sido reformada: en una serie de medallones deberían figurar las imágenes de los hombres más eminentes de todas las literaturas hispánicas, según el criterio de los académicos. Estos habían dispuesto que uno de los medallones fuera dedicado a Andrés Bello. Pero a Castelar se le antojó sustituir la efigie de Bello por la de Juan de Mena, y tal vez lo hubiera conseguido, de no salir al paso don Marcelino. Así es como la defensa acalorada de éste conservó para aquel es-

¹⁵ Enrique Sánchez Reyes, prólogo al *Epistolario* de Menéndez Pelayo con escritores de América por él editado. Madrid, 1955.

¹⁶ *Epistolario de M. P. y Valera*, editado por Miguel Artigas y Pedro Sainz Rodríguez, Madrid, 1946, pág. 276.

critor, que encontrara en Chile su segunda patria, el puesto de honor en los salones de la Academia.

Claro está que en la América española hubo quien combatió apasionadamente a Menéndez Pelayo. Pero por encima de todas las disputas prevalece el juicio de un gran historiador americano, don Carlos Pereyra: "Menéndez Pelayo es el primer americanista español. Los hubo antes de él, pero ninguno antes que él dió la fórmula del americanismo integral. De Menéndez Pelayo parte un sentido de solidaridad (de lo americano) que no se había actualizado en época alguna".

Fué ese sentido de solidaridad de lo americano, sobre el fondo hispánico, el que le hizo escribir esta hermosa frase en carta a Rafael Obligado: "Cuanto más argentino sea usted, tanto más español llegará a ser, aunque esto parezca una paradoja".

Menéndez Pelayo, pletórico de erudición y de saber, fué escuchado de muy pocos en su tiempo, dentro de España, como dijimos al principio.

Salvo fugaces ocasiones, Menéndez Pelayo se consagró por entero al trabajo intelectual, no a la acción política inmediata. Por eso su historia no está afiliada a un partido, ni es historia de bandería. Menéndez Pelayo puede ser maestro de todos los historiadores a quienes el nombre de España pulse en el corazón las fibras de la simpatía. Maestro de todos los que busquen con ilusión el ir afirmando la unidad básica de los españoles ante su historia. En un escrito del año 1886, cuando don Marcelino alcanzaba su precoz madurez, y aunque entonces sobresalían en él las aristas punzantes del polemista, un amigo que le quería y le conocía, aunque disintiese de él en los postulados de la política de partido, Leopoldo Alas —el célebre crítico que firmaba con el nombre literario de *Clarín*— reconocía esta singular posición suya, en lo alto de todas las vertientes, lo que le consentía una visión desembarazada de los estrechos horizontes de nuestra historia, en los que se achicaba la mirada de los hombres de partido. "Si hemos de insistir —decía *Clarín*— en dividirnos en liberales y tradicionalistas, en progresistas y retrógados y conservadores, a Menéndez Pelayo no le podemos medir, ni le podremos clasificar; es de otro mundo, que será

el que prevalezca, si han de ir a bien los destinos humanos".

Algo parecido expresaba Valera, en una carta escrita a don Marcelino el 30 de julio de 1894, desde Gratz, donde el escritor y diplomático liberal le retenían por entonces sus deberes profesionales: "Yo no sé cómo a este pisaflores (al Dr. Blumentritt se refiere) y así mismo al Dr. Schuchardt se les ha metido en la cabeza que usted es muy reaccionario y muy exclusivo, y que yo soy muy progresista y muy cosmopolita. En cartas y conversaciones he tratado de sacarles de este error, sosteniendo que usted y yo no discrepamos un ápice en criterio filosófico, político y literario, y que si en punto a religión tal vez no parezcamos tan de acuerdo, yo me atrevo a sospechar que ha de ser porque usted usa de más plegarias y respeta más lo oficial, pero que, sea como sea, ambos coincidimos en creer que franceses, ingleses y alemanes, que tienen hace dos siglos la hegemonía intelectual, han arreglado la historia a su antojo para glorificación de sus naciones y rebajamiento de la nuestra, y que nosotros hacemos lo que podemos para corregir tanto error. Pero como usted lo hace con más constancia y bríos, de aquí, sin duda, que le tilden de reaccionario. Añado que yo soy tan reaccionario como usted o más, si el serlo consiste en creer que la Reforma fué una rebelión de la barbarie que retardó el progreso dos o tres siglos; que no trajo tolerancia ni libertad de conciencia; que recrudeció el fanatismo en unas y otras parcialidades, y que perjudicó mucho a la elegancia de la vida y de las costumbres . . . De todos modos, fué un mal gravísimo que tan estúpida-mente se rompiese la unidad de la civilización de Europa. De donde yo infiero y digo a estos señores que Felipe II era más progresista que todos los príncipes protestantes, y que don Iñigo de Loyola debe ser más simpático que Lutero a todos los liberales y más benemérito de la civilización" ¹⁷.

Por extraño contrasentido, este universal maestro se dice que no dejó escuela. ¿Acaso nos encontramos ante una nueva versión de ese fenómeno, tantas veces adu-

¹⁷ Carta de Valera a Menéndez Pelayo, en el *Epistolario* citado, págs. 504-505.

cido, de la dificultad con que los genios españoles —llámense Velázquez o Goya, Balmes o Menéndez Pelayo— parecen tropezar para dejar montada y en marcha una escuela?

No hizo escuela, es esto verdad, en el sentido de que le faltaron en vida, y en los años inmediatamente seguidos a su muerte, los continuadores que se afiliaran dentro del hilo conductor de su pensamiento. Pero también es verdad que formó discípulos. "A su lado y bajo su dirección —afirma con toda exactitud Miguel Artigas, uno de esos discípulos— se había ido formando una verdadera escuela de investigadores y críticos"¹⁸. La esperanza de una escuela de historiadores, si no de patrón menéndezpelayano, a lo menos debida al impulso promotor de Menéndez Pelayo se dibujaba ya, en las postrimerias de su vida, como una realidad evidente. En 1907, al recibir a Rodríguez Marín en la Academia, su fervoroso amigo, colaborador y discípulo, habla don Marcelino de "la actual reconstrucción de nuestro pasado intelectual . . . a la cual asistimos con inmenso júbilo".

Tal vez no hizo escuela en el sentido más estricto de la palabra. Pero sí está claro que, como declaraba Saínz Rodríguez en 1919, "de las polémicas de Menéndez Pelayo y de sus publicaciones posteriores arranca todo el movimiento de investigación y de reconstrucción histórica a que hoy asistimos" en España. Muchos de sus discípulos en las aulas y en el aprendizaje de la crítica o de la técnica histórico-literaria no le secundaron en sus creencias ideológicas y le tributaron, como diría uno de ellos, el honor de la disconformidad. Pagaron los tales, más bien que otra cosa, su tributo al tiempo en que les tocó formarse y vivir, tributo al que sólo se sustraen las personalidades verdaderamente extraordinarias.

Sin embargo, a pesar de los trabajos de Menéndez Pelayo y de sus continuadores, la historia de conjunto que culmine tan

copiosa labor aún no sido escrita¹⁹. Una historia con médula y nervio, que explique en unidad de pensamiento nuestro pasado, y que no sea simple mosaico de materiales diversos.

Esa búsqueda de la unidad espiritual en la historia no consistirá en una uniformidad de los juicios de valor sobre nuestro pretérito nacional, uniformidad en cuyo logro sería utópico pensar, además de innecesario. Pues los juicios de valor no pertenecen necesariamente a la ciencia de la historia. Tampoco sería lícito buscarla a fuerza de compromisos y concesiones entre unos y otros, para que se llegue a una neutra postura, a costa de la verdad.

Pero, para que sea evitada la venenosa apostasía de la historia en que incurren con harta ligereza los españoles, es posible que exista un antídoto. Provenirá este —creo yo— de la aceptación de un hecho objetivo, que se nos discierne ahora ante los ojos con mejor claridad que en los días de don Marcelino. Y además se basa en una exigencia suya que hemos de procurar presione sobre nosotros hasta saturar nuestra voluntad.

Consiste tal hecho objetivo en el reconocimiento del fracaso histórico a que finalmente ha llegado la Europa moderna, y el anuncio de una época nueva para el mundo. Los altos sueños ideales de la modernidad europea, tan bellamente seductores, que, al desbancar el proyecto hispánico post-renacentista, ofuscaron a los españoles, concluyen también en nuestros días en medio de frustraciones, insuficiencias y fracasos. En la aurora del mundo nuevo no habrá que despreciar —claro está— todo el legado de la modernidad europea, porque en él hay mucho de valioso y definitivo, incorporado para siempre al patrimonio común de la Humanidad. Pero tampoco habrá que despreciar todo ese otro legado de la modernidad hispánica, que igualmente podrá transmitir al mundo del mañana la parte provechosa que con-

¹⁸ Miguel Artigas, *Menéndez Pelayo*, Santander, 1927, pág. 217.

¹⁹ Véase mi ensayo *Menéndez y Pelayo historia-dor actual*, publ. en la revista *Arbor*. Madrid, julio-agosto, 1956, XXXIV, núm. 127-128. También otro trabajo mío en la *Rev. de Archivos, Bibliotecas y Museos*, Madrid, 1956, LXII, con el título *El nacionalismo en Menéndez Pelayo*.

serve de su herencia. La seguridad de que el pretérito hispánico guarda una provechosa manda para el futuro del mundo nos restablecerá a los españoles en el equilibrio sentimental hacia nuestra historia, nos dará confianza en nosotros mismos, y con ello seguridad y soltura para andar por el mundo. Lejos de todo casticismo pueblerino viviremos así con todo merecimiento nuestra condición de hombres universales.

Para que se cumpla la posibilidad de una tal historia medular para todos los españoles, tendremos que saturar nuestra voluntad de ese otro deseo, que antes apuntaba: el deseo de sentirnos solidarios con todo el pasado, con lo hermoso y lo feo de él, con lo que nos gusta y lo que nos desagrada. Y en vez de buscar el respeto ajeno por la vía del desprecio de la España vieja, adquirirlo por los medios del trabajo fecundo, para que la España nueva que de nosotros salga sea digna de respeto, como lo fué la antigua.

Menéndez Pelayo dejó escrita esta severa admonición para los que tratan de prescindir con arbitrariedad de aquellas partes de la historia que les resultan incómodas: "si se fijan límites arbitrarios, si se toma aisladamente una época, si cada cual se cree dueño, para las necesidades de su tesis, de hacer empezar la historia en el punto y hora en que a él se le antoja, no tendremos nunca verdadera historia de España". Y dijo también: Hay que buscar los orígenes de nuestras cosas donde realmente se encuentran, es decir, en las ideas e instituciones de todos los pueblos que han pasado

por nuestro suelo, y de los cuales no podemos menos de reconocernos solidarios"²⁰.

Sepamos responder a esta exigencia de solidaridad que recababa de nosotros aquel "español incorregible", que como tal se consideraba a sí mismo don Marcelino. Sólo así sabremos continuar su obra, haciéndonos acreedores —y no de otro modo— a la dignidad de discípulos.

La obra del maestro de Santander, como toda obra humana, resulta en parte —lo diré con sus propias palabras, escritas hacia el final de su vida, en 1910, en el prólogo a la segunda edición de los *Heterodoxos*— marca e imperfecta. En nuestras manos está completarla y perfeccionarla. Menéndez Pelayo puso la levadura en la masa de la historia española. Que no se nos seque tontamente esa masa en nuestras manos, por falta de gracia y de garbo por nuestra parte para manipular con ella. Este debe ser el empeño actual de los historiadores españoles. Hagamos historia con deseo de saber, *cum studio*, como él la hizo. Hagámosla, además, *sine ira*, sin afán de lucha destructiva.

De esa doble consigna saldrá la historia de España que apetecía al maestro montañés, la que nuestros tiempos exigen. Estad seguros de que amplios equipos de historiadores trabajan actualmente en España para llevar adelante su programa bajo los auspicios de ese lema. Incitados por tan noble estímulo intentamos —en poco o en mucho, según la limitación de nuestras capacidades— la empresa de hacer una historia de España digna de quien tomamos el magistral ejemplo. Una historia que, para ser tal, será la historia de todos los españoles.

²⁰ *Ciencia Española*, edición Artigas, II, p. 457.